

EL AVE INSURGENTE

ESLABÓN FABULOSO

«**H**ay que imaginarse a los tanques del capitán Ñuñoa recorriendo la avenida en ruinas».

«¿Tanques?», lo interrumpió Russell.

«Los tanques», continuó fabulando Gamboa, «avanzaron entre escombros y cadáveres y llegaron hasta la plaza General Gervelesse. El capitán y los soldados saltaron a tierra y, con brío marcial, ascendieron los peldaños de la escalinata resquebrajada hasta la estatua acéfala del viejo General».

Russell contuvo una carcajada.

«Un soldado cualquiera», Gamboa enfatizó su tono sardónico, «de éstos que perecen en el anonimato pero que han cumplido un papel fundamental en la historia, le entregó la bandera franqueada al capitán Ñuñoa, y éste, mirando hacia el horizonte demolido cubierto por una nube inmensa de humo y polvo, clavó la bandera púrpura en el hueco del cuello de la estatua».

Fingió una pausa solemne. Desde su perspectiva veía, a través de la ventana, la torre derribada de la antigua Sede Estatal.

«Queda declarado el golpe de Estado», añadió.

«¿Tanques? ¿Artillería terrestre? ¿Soldados...? ¿Guerra?», dijo Russell.

Gamboa se levantó y, acercándose hasta ella, miró a un lado y a otro. Imponiendo un patético tono teatral, dijo en voz baja:

«El fabuloso eslabón de la cadena que azotó a la bestia».

Ambos rieron afectando una complicidad repugnante.

Miré a Castro, que estaba tan asqueado como yo, indiferente en la oscuridad de sus pensamientos.

Gamboa fue hacia el anaquel y, abriendo algunos archivos, extrajo una carpeta con documentos.

Me los dio sin decir nada.

«¿Qué es esto?», aunque ya lo sabía.

«Planos del alcantarillado. Periferia de Quebradero».

Me levanté y los dejé sobre el escritorio. Desplegué los primeros cuadernos.

«Tres décadas. Gobierno de Gervelesse», añadió, y salió de la oficina.

Observé con detenimiento aquellos diagramas originales que tan frágilmente representaban la realidad actual. Hojeando encontré anotaciones y nuevas representaciones gráficas. Supe entonces que eso era lo que en realidad quería enseñarme Gamboa.

Esquemas gráficos, planos, series numéricas que a veces parecían coordenadas y otras la escala de alguna representación cartográfica. Había notas manuscritas con una letra diminuta y nerviosa.

Abrumada, abrí un dossier que aparecía clasificado aparte. En la portada, que era una fotocopia, aparecía la señal *Dig* junto a una referencia informática y el sello del Departamento Policial. Nos anunciaban que toda esa información había sido digitalizada y que estaría accesible con nuestro comunicador y bajo aquella referencia codificada.

Hipnotizada, leí: *INFRADELA*.

Estaba escrito como encabezado en letras mayúsculas. El nombre se repetía a menudo y deduje que debía ser interpretado como el término que definía la nueva cartografía del mundo subterráneo. A veces aparecía escrito como *Infradesia*. En aquel

momento observé algo que, *a posteriori*, no encontraría en la versión digital accesible desde nuestro comunicador. Sistemáticamente, en cada uno de los folios que conformaban el nuevo dossier, aparecían en algún margen —a veces de manera casi imperceptible— y junto a algunos de los apartados las iniciales L.G. L.G., supuse, era el responsable de la creación de aquel monstruo representativo.

Posteriormente comprendí, en cierta medida, el significado aparente de todo ese magma simbólico. El gran mapa subterráneo ya no se limitaba, por supuesto, a los antiguos planos del alcantarillado.

Sabíamos que durante la guerra la construcción de búnkeres se había extendido. El asunto llegó mucho más lejos de la simple protección de un habitáculo acorazado, pequeños submundos de pasadizos que conectaban a los marginados. Microsistemas de supervivencia que, incluso en tiempos de guerra y, sobre todo, en los años posteriores a la proclama de los púrpuras, se convirtieron en territorio de disputas y conquistas. Comenzaron a formarse los clanes.

Pero había, además, lo que en el informe quedaba catalogado como *vías B*, nuevos pasadizos creados por las bandas bucaneras. Una intrincada red de galerías que aparecía como un nuevo y caótico anexo al submundo. Algo que, con toda probabilidad, en aquel momento seguía sucediendo, como la exploración y expansión de raíces subterráneas. *La Infradela* seguía creciendo. Algunas áreas, indescifrables para nosotros, estaban marcadas con el símbolo \emptyset ; se referían, imaginamos después, a los túneles y a las galerías que habían quedado cegados por desprendimientos y derrumbamientos posteriores. En algunas notas circunstanciales se hablaba de fronteras, de *nacionalidades infra*. Se registraban como Estados:

- Alcantarillado.
- Búnkeres.
- Vías B.

Una geodesia subterránea. Una geografía demencial. El informe apuntaba el comienzo de la división de clases o la catalogación de los individuos del subsuelo: deambulantes, intermitentes, sedentarios y bucaneros.

Había un gran número de nómadas no gregarios. Individuos aislados en la continua persecución de la supervivencia. L. se refería a ellos como *deambulantes*. Hablaba de *fauna intermitente*, elementos que hacían vida a uno y otro lado de la superficie. Una gran *masa sedentaria*, dominada por el miedo y la superstición, en su mayoría relegados a la marginalidad, la infección y la miseria. Y, por último, el informe se refería a los *bucaneros*.

L. distinguía clanes: bandas asociadas a un nombre animal, unas coordenadas, una zona y un código cifrado:

Hienas – N 2,88 E 0,33 O 4,49 S 0,63 – Alcantarillado (superposición búnker) – Lory Delnero – Cd/4b.66 e09.

Mangostas – N 4,54 E 2,96 O 2,13 S 3,44 – Búnkeres – Samuel C. Abraham – Cd/3a.65 e06.

Coyotes – N 8,08 E 6,32 O 5,03 S 6,98 – Vías Bucaneras (superposición búnkeres de Paquermicha) – Joachim Eslavisa – Cd/4b.44 c56.

El delirio continuaba: Alacranes, Lémures, Lombrices... Anotado a mano, superpuesto sobre una línea en la que sólo aparecía el nombre «Albatros» y una X, alguien del departamento policial, tal vez L., había escrito el nombre de Jonás Sánchez entre interrogaciones.

Deduje que los nombres se referían a los líderes (me extrañó, de entre todo lo que pude analizar, la ausente referencia al código de Karlsson, que acudió de inmediato a mi cabeza). Las coordenadas señalaban, como quedaba vagamente anotado,

a cierta extraña superposición del espacio entre la zona que ocupaban los búnkeres, las nuevas galerías bucaneras y los angostos túneles del alcantarillado. Dos sistemas diferentes de coordenadas. El referente al perímetro subterráneo, en el que L. utilizaba una variante indicativa de los puntos cardinales, y un sistema de coordenadas telemático, alternativo y privado, accesible sólo para el estamento policial y la Administración del Estado.

La base de datos mostraba una totalidad de ochocientos treinta y ocho individuos cuyo cuerpo o existencia respondía al nombre de Jonás Sánchez. Podía entenderse que la base de datos era falible, ficticia e incluso que estaba sabotada por grupos civiles, pero era más probable aún el simple hecho de que en el mundo que nos quedaba hubiese todavía más sujetos que, como *El rapsoda*, respondieran a un mismo nombre.

Gamboa entró de nuevo en la oficina. Nos dijo que el helicóptero estaba listo y que partiríamos en breve.

Mientras ellos comenzaban a moverse, sentí que una nube tóxica y a la vez fascinante se instalaba en mi mente, algo que aureolaba mi percepción, que me enturbiaba el ahora. Sentada en el sillón de Gamboa, mientras cerraba las carpetas y apartaba toda esa extraña información, miré a través de la ventana, donde la torre en ruinas de la antigua Sede Estatal amenazaba con su definitivo derrumbe. Pero el tiempo, los meses, los años, la preservaban en ese estado intermedio, en el quicio del desplome, en ese estado de inminente quiebra que había pasado a sernos tan esencial.

Asomada a la ventana, con el poso de esa terrible perspectiva, me extrañó saber que los entes, los cuerpos, esos ordinarios organismos vivos se movieran con cierta naturalidad, de manera automática y dócil a un sino desconocido a pesar del declive.

¿Quién había construido ese delirante magma simbólico? ¿Existía realmente ese mundo referido? ¿Qué importaba? ¿Deberíamos imaginarnos a un kamikaze recorriendo los rincones

del mundo subterráneo y construyendo su desquiciado equivalente gráfico? ¿Cuál de todas era la verdadera dimensión?

Cuando Gamboa se acercó para extraer del cajón de su escritorio el bote de cápsulas, estuve a punto de preguntar «¿Quién ha construido esto? ¿Alguien responde a las iniciales L.G.?», pero me contuve, sabiendo que nunca obtendría una respuesta; yo misma sabía que no existía, y que a Gamboa le preocuparía más mi curiosidad que el hecho de conocer las razones de esa gran extravagancia. A él, como a la mayoría, le importaba obedecer.

Ninguno de nosotros hizo uso de la máscara de filtraje, a pesar de que en algunas zonas del nuevo Estado comenzaba a utilizarse un modelo de escafandras, y de que la Administración nos recordaba que la eficacia de la inmunidad era inexacta. No creíamos en eso. Todavía. No teníamos un nombre para eso. La infección, el deterioro humano que estaba a nuestra vista, que empezaba a dominar el mundo ordinario, lo atribuíamos de alguna manera a los efectos de la guerra. El gas que no veíamos y del que se hablaba era, queríamos pensar, la secuela del uso indiscriminado de armamento. Creíamos en eso porque nos parecía más justo a nuestra condición. Alguien, nosotros, ellos, nadie, durante la horrible nebulosa del conflicto, había utilizado bombas cuyo desconocido efecto ahora padecíamos. Ésa fue nuestra gran superstición, la de los que no creían, desde uno y desde otro lado de la frontera y de la reconstrucción de los nuevos Estados. Seguíamos siendo *nosotros*: no-so-tros. Pero después, con el tiempo, con nuestra degradación, supimos que habíamos perdido nuestro papel protagonista y que, además de los movimientos tectónicos, del derrumbamiento primero y de nuestra masacre, había un *ello*. Lo llamábamos «naturaleza», pero poco a poco comenzábamos a comprender que todo eso que nos iba en contra, que nos obligaba al reajuste y a la regeneración, era un *ello*. El gran ello.

Mientras recorríamos las calles semidesiertas de la zona urbana camino de la explanada del hangar, uno de los adivinos de la

avenida Partnesse, encaramado sobre los escombros de la antigua zona comercial, llamó a Russell. Gritó. La llamó por su nombre: «¡Sofía, un mensaje para ti!». Sorprendida, se detuvo, como nosotros. El vidente, un paria de la ruina, un augur del declive, comenzó un ridículo ritual: lanzaba polvo al cielo, escupía sobre los escombros y dibujaba extrañas figuras sobre la piedra. Lo hacía con el dedo índice. Russell se acercó. Vi la ira en su mirada. Pero también el miedo. Cuando estuvo frente al visionario éste se detuvo y la miró impertérrito durante unos segundos. Después dijo:

«Douglas nunca aparecerá».

Russell, confusa, permaneció frente al augur. Dudó, pero finalmente se dio la vuelta y vino hacia nosotros en silencio.